

LOCALIDADES ALFARERAS DONDE SE UTILIZA LA TECNICA DE "MOLDE Y TORNO"

Este artículo es parte del libro "Vasijas de Barro, la cerámica popular en el Ecuador" una de las últimas publicaciones del CIDAP

La Victoria

Escuchemos algunas voces de alfareros de la parroquia de La Victoria:

"Esto, de nuestros padres, nues-tros abuelos mismo, han sido del oficio este. Hombres y mujeres, todos somos del oficio. Ya se va llegando a tener los hijos. Ya salen de la es-cuela, les enseñamos el oficio. Siguen y siguen trabajando. Nosotros nos morimos, ya quedan ellos. Muerte de ellos, ya siguen

enseñando a los hijos..."

Isabel Chango, El Calvario

"Nuestro barrio es importante por el arte que es la alfarería. Aquí ha sido, desde la generación de los inkas. Desde ahí ha quedado. Ya mueren los viejitos, quedan los guambras que siguen aprendiendo, que se coge como herencia. Yo tengo herencia de mis abuelos, de mis bisabuelos. De nosotros es un tra-

bajo libre. Si queremos trabajamos y si no queremos, no trabajamos. Ahora los alfareros están aumentando porque no es un mal negocio. Hay ahora personas que se gradúan, tienen su título, pero están poniendo sus talleres de teja, de maceteros. Antes toda la gente hablaba de los barro pupos, que este trabajo es hediondo... Pero eso ya no pasa ahora. Ahora, en cambio, más envidia tienen de los alfareros. Porque los alfareros son apreciados de muchas personas que vienen a buscar los objetos de barro, o sea que eso cambió ahora”.

Salomón Herrera, El Tejar

En El Tejar y La Victoria habrá unos 80 alfareros, pero algunos se cambiaron a hacer tejas. Más comercial, las tejas. Ahora habrá unos 40 alfareros. Aquí era barrio de olleros. Así nos identificaban. No tenía prestigio, nadie tomaba en cuenta. Decían que el ‘barro pupo’, que huelen a tierra. Antes decían que los alfareros van abusando de la madre Tierra. ‘Por eso no arriban para nada, no hacen ninguna fortuna’. Pero ahora le llaman el oro negro. Aquí vienen gente que dice: ‘Qué lindo, este es un artista’.

Ahora este es un arte que vienen a admirar, entonces respetan”.

Hugo Vaca, El Tejar.

“La parroquia de La Victoria siempre está caracterizada por el barro. Está compuesta por algunos barrios. Donde trabajan en la alfarería es en El Tejar, en la comuna de El Calvario y aquí en el centro de la parroquia. Antes cada barrio tenía lo suyo: El Tejar, sólo maceteros y ollas; El Calvario, sólo tinacos y pundos; y aquí, en el centro, los platos y las cazuelas.

Más antes, hace unos 28 ó 20 años, la parroquia no era tan importante porque los objetos que en ese tiempo se trabajaban no eran vendibles, no tenían tanto aprecio en las ciudades. Ahora recién llegaron a tomar como centro turístico y comercial por la teja y por la alfarería, por los maceteros que todo el mundo ocupa.

Entonces, La Victoria llegó a caracterizarse como nombre y como tradición de la alfarería y la cerámica”.

Pedro Olmos, La Victoria

Así explican ellos algo sobre su trabajo heredado, la continuidad y los cambios en su parroquia y en su condición de alfareros.

Antes de llegar a Pujilí, hay que desviarse de la carretera principal. Se extienden aquí cultivos de cebada y maíz, bordeados por pencos y eucaliptos. Los días claros se distinguen las cimas nevadas del Illiniza Sur, del cono del Cotopaxi y del Tungurahua.

Ahora, el camino que sube hacia La Victoria se caracteriza por las tejerías. Familias enteras forman las tejas a mano y de los hornos salen constantemente el negro humo del barniz de plomo.

En el centro de La Victoria, con iglesia, escuela, colegio, subcentro de salud y tenencia política, hay unas 18 talleres de alfarería. Existen aquí productores pequeños quienes trabajan todavía el tradicional “plato”, además de fuentes, cazuelas y, por supuesto, la maceta.

Los talleres más grandes producen macetas principalmente. Además compran macetas y platos en crudo de talleres más pequeños para

quemar y vidriarlas y venderlas a los intermediarios que vienen de Quito, sobre todo.

Hacia el norte se encuentra el barrio de El Tejar. Aquí se pueden ver todavía, entre los campos azules y fragantes de la flor del “chocho”, las antiguas casas de paja, “ichu”, con sus techos altos y puntiagudos.

Aquí existe el mayor número de alfarerías. La especialidad del barrio, la olla redonda para cocinas de leña, ha sido superada ahora por la producción de macetas. El total de talleres en este sector es alrededor de 35.

Aquí también, algunos talleres se dedican a comprar macetas en crudo y terminarlas para la venta. Otros combinan esta compra-venta con la producción propia, mientras la mayoría trabajan sus propias ollas y macetas para la venta a los negociantes. Dos talleres producen “cerámica”, es decir objetos utilitarios y de adorno con un acabado de mayor perfección de lo común.

Siguiendo el camino cuesta arriba, hacia El Calvario, nuevamente predominan las tejerías. En los últimos años, la demanda por las

tejas ha aumentado y por esta causa numerosas familias de la parroquia de La Victoria se dedican a esta producción. Incluso, miembros de las antiguas familias alfareras abandonan la alfarería para empezar a fabricar tejas.

Este es el caso de El Calvario, antigua comuna de alfareros, donde toda la generación joven y parte de los mayores, ahora trabajan en la tejería. Gracias a esto ha disminuido la migración a las ciudades y a la Costa en busca de trabajo.

El Calvario, ubicado en las faldas del cerro con una hermosa vista sobre la planicie custodiada por volcanes, tiene unas 20 alfarerías, casi siempre combinadas con tejerías. Porque, mientras los mayores se dedican a la alfarería, en muchos casos los jóvenes prefieren la teja. Aparte de tener mucha demanda, es más fácil y más rápida su fabricación.

Todavía algunas personas en El Calvario trabajan los pondos y los grandes “tinacos” por pedido. Sin embargo, el artículo más importante es ahora la maceta. Los alfareros de El Calvario hacen las macetas por contrato con los talleres grandes de

El Tejar y La Victoria. Estos talleres las compran en crudo para vidriarlas y quemarlas para la venta. Sólo excepcionalmente, los alfareros de El Calvario queman ellos mismo su cerámica.

Las alfarerías de la parroquia de La Victoria son todas empresas familiares. En ellas trabajan el padre y la madre de familia, muchas veces los hijos mayores. A veces también se ayudan entre hermanos. Sólo pocas veces se cuenta con empleados



Casa de alfarero. La Victoria, Cotopaxi

para las tareas más duras, como la preparación del barro.

El trabajo de la alfarería corresponde, tradicionalmente, tanto al hombre como a la mujer. En La Victoria incluso el trabajo en el torno, normalmente una tarea masculina, es desempeñada por la mujer. Los esposos colaboran en todos los procesos de la producción. La “salida” es buena: los talleres rebosan de actividad de la mañana a la noche.

Sin embargo, los diferentes tipos de talleres tienen grandes diferencias entre sí. Existen los pequeños talleres que o entregan a los talleres grandes o terminan su propia producción, limitada en cantidad. Los talleres más grandes y progresistas compran parte de la cerámica en crudo para terminar y venderla, a más de la propia producción. Finalmente, algunos talleres se dedican exclusivamente a terminar y revender macetas compradas en crudo.

Los ceramistas de La Victoria se autodefinen como “alfareros” y sus productos los llaman “alfarería” o “loza”. “Cerámica” significa aquí un tipo de producción más “fino”, con arcilla blanca, o hecha en moldes

de yeso o, sencillamente, más pulida y perfeccionada. “Loza” es el denominador común para macetas y cerámica utilitaria tradicional.

Algunos talleres combinan la alfarería con las tejas y la “cerámica”, logrando así una producción más diversificada y ventas más seguras.

Los alfareros conocen las raíces profundas de su “arte”. Ellos han apreciado, con ojos de experto, las “lozas” de los “Inkas”, encontradas en las chacras. Como se puede desprender de los relatos de las personas mayores, el trabajo de la alfarería y la condición social del alfarero ha cambiado mucho en los últimos años.

“¿Esto? - Qué tiempos sabría ser? Yo saqué dos cadáveres de los Inkas por acá. De allí salía unas bonitas ollitas. ¡Qué primor! Eran casi grosor de un papel, delgaditas, pintadas, nadamás. Los inkas tenían las cosas competentes, cosas buenas, ellos enterraban con toda su riqueza”.

Luis Herrera, La Victoria

“Esto es desde la generación antigua, desde los Inkas, mi abuelito,

haciendo la hornada hacían cargar en unos burritos a Saquisilí, a Latacunga, a Pujilí. Hasta Ambato andaban. No había carro antes. Dos días creo, hacían a Ambato. En veces vendían, en veces no vendían, venían cargando. Sólo hacían para la comida o para el plomo. Poco en plata, poco, vuelta, en granos. Quedaban adeudados del material”.

Carlos Herrera, La Victoria

“Esto es desde mis abuelitos, pues. Toda la vida mis papas, nosotros, herencia es. Antes había algunos: Los Vacas, los Herreras, Ortices, Olmos... Todavía trabajan los hijos o los nietos también.

Hacíamos los platitos. Unos platos con asiento que llamantacitas. Todo eso hacíamos para finados. Ibamos a las ferias, a Latacunga, a Saquisilí, a Pujilí. Ibamos a las ventas en burrito. Y veníamos de vender de noche. Pero vendíamos barato. Toda la vida ha sido pobreza para los que no teníamos. Dios favorecía ya a vender, veníamos con los mediecitos. Primerito, a pagar el material. Lo que sobre, ya sea para comer o para hacer un trapito. Así

sabía ser nuestra vida. Así hemos sufrido”.

Ricardina Segovia, La Victoria

“Esto ha sido desde tiempos más atrás que han sabido trabajar. Más antes han sabido hacer esos pundos bien enormes. Se pasaban hasta ocho días para terminar un pondo de esos. La vida era más tranquila. Ahora, el tiempo no hay para pasar haciendo un pondo en ocho días. Porque antes había de los terrenos, tenían todo. Ahora es bastante difícil, se necesita trabajar más, se necesita más dinero”.

Pedro Olmos, La Victoria

“Antes hacíamos pundos, tinacos, las ollas de cocina también. La maceta ha de ser unos diez años. Eso mejoró, si no, ¿de dónde también? - ahora con el tiempo caro. Antes era menos el trabajo, pero producción de grano, vuelta, había. Labrando los terrenitos de uno mismo, ya Dios daba.

Antes, ahí salíamos por los altos, por los cerros, en burros, haciendo carga, cargando tinacos, cargando pundos. Andábamos a buscar

granito. Para poner granito pedían la loza. Cambiaban con maíz, en el mismo traste ponían. Daban quinua, cebada, maíz, habilla.... Ahora, vuelta, ya no hay, es porque Dios ya no da, pues. Ya no hay cambio. Ahora sólo con la plata. Estamos con todo comprado. Si no se trabaja duro, no se gana para la comida. hay que buscar dinero. Todo es comprado, todo pura plata”.

Isabel Chango, El Calvario.

Antes, la producción era más bien pequeña, la venta modesta. Como en todas partes, la vida era más sencilla, más tranquila, pero menos cómoda también. Había tiempo para elaborar las piezas con cuidado y había que llevarlas a la venta o para el trueque atravesando largas distancias a pie o en burro. Se dependía también de la agricultura, la necesidad de dinero en efectivo no era tan apremiante, se lo necesitaba sobre todo para comprar el plomo para el barniz de la cerámica.

Sin embargo, hubo un tiempo en el que la poca venta y los bajos precios de la cerámica y lo relativamente pobre de los terrenos, obligaba a los hombres a salir a trabajar

en la Costa, sobre todo en las plantaciones de banano.

Hoy en día, la situación es otra. Incorporados los alfareros al sistema de mercado, a la sociedad moderna, producen cantidades mayores, de manera especial para los intermediarios quienes llevan la cerámica al por mayor a los mercados de Quito, principalmente, desde donde sale a otras partes del país.

Se podría hablar de un “boom” de la maceta que empezó hace entre 15 y 20 años como respuesta a un aumento considerable de la demanda de este producto por parte de los consumidores urbanos y que ha traído consigo un aumento del número de comerciantes de cerámica.

Por otro lado, el mismo proceso que les ha traído a los alfareros mayores ingresos y un mejoramiento general del nivel de vida, también exige de ellos más esfuerzo, más dinero en efectivo, mayores gastos. Deben tomar en cuenta el alza general del costo de la vida, de los alimentos, los materiales, de la educación de los hijos...

“El nivel de ingresos se puede

decir, es un poquito más. Pero, en cambio, de acuerdo a la situación económica, toca gastar más. Queda casi menos que antes. Más se siente la situación económica en la alimentación. Es lo que se hace más pesado ahora, porque se invierte miles en la comida, pues.

Los materiales también, porque están triplicados. Pero se da gracias a Dios también de que es una forma de vivir. Se gana para los pequeños, para hacer algunas cosas. Porque pensar en buscarse un empleo -no hay, pues. Claro, ahí están con sus horas fijas. En cambio aquí, si quiere ganarse unos centavos más, hay que apurarse un poco más en adelantar las horas”.

Como están subiendo las cosas, nosotros también tenemos razón en subir como fabricantes, como elaboradores. Se debiera subir un poco más, para nosotros también hacer una casita buena, hacer algo que valga la pena. Porque, si se habla la verdad, los señores que compran a nosotros para vender, las casas tienen alfombradas, amuebladas con todos sus servicios. Ellos siendo solamente revendedores; negociantes”.

Segundo Zumba, La Victoria

“No se tiene el tiempo y no hay gente, tengo que hacer yo mismo todo. No hay tiempo para trabajar. Siempre hay venta. Es superior a un empleo. Es un poco más trabajo, pero más rentable. Y uno no está mandado de nadie...”

Aunque ahora, el tiempo es jodido, no. Por eso me he dedicado a ver dos tipos de trabajo, porque uno sólo no alcanza. Como ahora hay una cantidad de pedido de teja, me estoy dedicando a la teja. Pero prefiero la cerámica.”

Pedro Olmos, La Victoria.

“Ahora es distinto. Porque ya hay negocio. Más, más negocio hay ahora unos ocho, diez años. Y es mejor, porque este negocio era bajo. Yo trabajaba casi nada. Me iba a trabajar por la Costa. Ahora, como hay negocio, ya trabajan hasta los que no han sabido. Ahora hay más producto, pero, en cambio, se gasta más.

Están más escasas las cosas. Por cuanto han subido mucho la alimentación. Por el precio del material es que se trabaja. Quizá reporta, pero de acuerdo a la

alimentación es como si se trabajara menos. Antes eran los precios más cómodos, pero en cambio, no había negocio. Muy barato. Ahora se vende, caro pero las cosas también se compran caro. Casi da lo mismo. Ahora se está como en la ciudad”.

Luis Herrera, La Victoria

“Esto antes, no valía el negocio. Yo salía a trabajar a la Costa, en Quevedo. Ahora hay más salida. Más antes hacíamos calderas, ollas. Recién es que se modernizó, macetas por ejemplo. Ahora es el negocio de macetas. Ahora ya no compran la olla aisana porque se parcelaron las haciendas, ya no siguen las mujeres al marido al trabajo con la comida.

Hay más salida, pero la ganancia no hay mucho porque haciendo cuenta de todo casi no alcanza ni para la comida. Antes no se gastaba mucho porque producía de los terrenos. El material también ahora sale más.

En un empleo, claro, ahí están más felices porque tienen seguro,

tienen todo. Pero de nosotros es trabajo libre”.

Salomón Herrera, el Tejar

“Ya es como que nosotros tenemos aquí una feria. Aquí llevan lo que haya. Vienen de Quito, vienen de Riobamba, vienen de Guayaquil, de Tulcán. Vienen de Cotacollao, de Otavalo. De todas partes vienen”.

Fidel Carvajal, El Tejar

“Aquí vienen pedidos, no sólo de tejas, sino de varios trabajos más. El día que queme aviso para que vengan a llevar, entonces llevan todo. O asimismo, llevo a Quito. En Quito llego a una floristería, en seguida coge todito. Yo he estado haciendo macetas a Guayaquil por pedido. Tiene que ir un camión grande.

Aquí se hace, y se compra también. Me dan haciendo por otro lado y yo vidreo. Ahí las entrego”.

Pedro Olmos, La Victoria

“Esto, si hubiera, casi a diario vinieran a buscar. Falta tiempo para trabajar. Ellos hacen de vidriar. Van ellos, vuelta a dejar por Quito,

por ahí. Y asimismo aquí vienen en las casas de ellos a llevar algunos. Y los comerciantes de Quito, ellos han de saber, vuelta, por dónde. Va de mano en mano”.

Luciano Sangoquiza, El Calvario

“Yo compro por ejemplo colgantes, compro macetas. Lo que no trabajo yo, compro. Para tener de todo para vender. De El Calvario, si no, por acá de El Paraíso. Yo compro eso en crudo. Entonces, yo vidreo y vendo.

De Quito vienen aquí los que tienen negocio. Yo tengo el negocio con dos personas no más. Ellos llevan, estése bueno el negocio, estése malo, cargan no más, contando las docenas. Vienen a hacer pedido, si no, no se puede hacer. Porque saben dejar y ya no se puede vender a otro.

Se trabaja propio y se compra para alcanzar. Pasa a la mano del comprador. Entonces él lleva a Quito. Los de Quito ya venden a otro. Y ese que compra ya vende a otro ya. Llevan de Quito en seis manos, ya viene a costar más. Hasta

llegar al dueño que vaya a ser el usuario.

Los que venden en crudo son algunos. Ya no vidrean por el motivo que está caro el material. Hay que tener la piedra, el cobre, el plomo...”

Salomón Herrera, El Tejar

Hasta llegar al consumidor, la maceta de La Victoria pasa por una larga cadena de comercialización. Muchos de los talleres pequeños, los de El Calvario sobre todo, entregan sus macetas en crudo a los talleres más grandes en El Tejar y La Victoria. Como ya se mencionó, de estos talleres grandes, algunos combinan la compra-venta con la propia producción, otros pocos se dedican solamente a comprar, terminar y vender las macetas.

Existen, además, talleres pequeños, sobre todo en La Victoria y en El Paraíso, que trabajan solamente en su propia producción. En el caso de los pequeños talleres de La Victoria, donde se fabrican los tradicionales platos, a más de la venta a los intermediarios, los mismos alfareros, mujeres en su mayoría, van a vender directamente en las ferias

de Saquisilí, Pujilí y Latacunga. Además, se vende una pequeña cantidad de cerámica directamente a las personas que vienen a visitar los talleres.

A pesar de que el vender sus piezas en crudo le da una menor utilidad al alfarero, comparado con la venta de objetos terminados, muchos alfareros prefieren vender en crudo ya que se evita la compra de materiales para el barniz, la compra del combustible y el trabajo que significan estos procesos.

La mayor cantidad de cerámica de La Victoria se vende indirectamente, a través de los comerciantes de cerámica. La mayoría de ellos tienen sus puestos de venta en los mercados de Quito, algunos son de la misma parroquia de La Victoria y una menor parte de ellos vienen de otras localidades, como Guayaquil, Ambato, Riobamba u Otavalo.

Lo más común es que el intermediario venga a los talleres a retirar cierta cantidad de cerámica previo pedido. A veces los mismos alfareros van a entregar en Quito, alquilando un camión. Normalmente, cada taller tiene una relación comercial con unos

pocos intermediarios quienes le hacen pedidos con mayor o menor regularidad.

A pesar de que los precios son más bajos, la venta indirecta es preferida por los alfareros debido a su seguridad y comodidad. Se vende, de una sólo vez, gran cantidad de cerámica, sin necesidad de salir a una feria a venderla pieza por pieza, según el sistema antiguo de venta.

Actualmente, se trata de volúmenes de cerámica mucho más grandes y se considera imposible conseguir el tiempo o la mano de obra para la venta directa. Además, el trabajar por pedido significa una venta segura e ingresos distribuidos con más regularidad a lo largo del año.

A más del trabajo durante todo el año, la ocasión más importante para vender cerámica, son todavía las ferias de la fiesta de “Finados” donde, tradicionalmente, se vende grandes cantidades de “barros”. La feria más grande la tiene Ambato, pero también las hay en Latacunga, Machachi y Pujilí. Para este evento, los alfareros se preparan durante algunos meses, reuniendo cerámica para la feria. Incluso las personas

que normalmente venden en crudo, hacen objetos terminados para esta ocasión.

Muchas veces, las ferias de “finados” constituyen la oportunidad del año en la que se puede obtener una ganancia como para poder ahorrar o hacer inversiones en mejoras del taller. Además, estas ferias sirven como centro de comunicaciones para los alfareros pues se encuentran con colegas de todo el país.

Como es el caso en Chordeleg o en Cuenca, también los alfareros de La Victoria deben utilizar una buena parte de sus ingresos para conseguir las materias primas necesarias para la producción de la cerámica.

El “barro” (que los alfareros distinguen de la “arcilla” de la zona de Cuenca) se compra normalmente de las “minas” de Tingo, cerca de Pujilí. Existen también “minas” locales, comunales, de la comuna de El Calvario y de El Tejar. Actualmente, se las utiliza poco, debido a lo peligroso y lo arduo de la tarea de ir a sacar el barro.

Para el barniz, los alfareros de La Victoria utilizan plomo “blanco”

o “dulce”, es decir el óxido que proviene de planchas y pedazos de metal, que los mismos alfareros funden en hornillas especiales. Como este es un material relativamente costoso, algunos alfareros mezclan el plomo “dulce” con el óxido de las baterías usadas para abaratar los costos. El plomo “blanco” es, sin embargo, preferido por su calidad.

Para el barniz se necesitan, además, materiales como la “piedra”, es decir cuarzo, que se compra de la Región Amazónica y óxidos para dar color al barniz.

Como combustible se utilizan hojas de eucalipto o aserrín, ambos deben ser comprados.

Los ingresos que puede alcanzar una familia alfarera varían mucho según el tamaño del taller, el volumen y tipo de producción. En general, sin embargo, es necesario compensar los precios relativamente bajos de la cerámica con largas jornadas de trabajo para lograr un equilibrio entre los ingresos y los gastos de materiales y para mantenimiento de la familia.

Como ya se mencionó, la técnica utilizada actualmente en La Victoria,

constituye una mezcla entre una tecnología presumiblemente de origen prehispánico y el uso del torno introducido aquí hace 70 años.

“Primero se trabaja con unos palos de maguey. Le han sabido clavar en la tierra. El poste era así. Aquí le ponían un gollete de barro. Hacían los que yo digo pataquir. Entonces, tendido el barro, se la amolda. Hacían de moldear, pero salía la mitad, la montera que se

decía. Entonces, la montera que ya está creada se coloca en el poste para poner el caucho. Para pegar ese caucho se daban la vuelta, rodeando, para formar. Lo que ahora se hace en el torno.

Ahora es de coger la masa y pataquirle en la plancha de piedra, entonces, yo soy el que le formo en el torno. Se pone en el torno para ampliarle el barro. Se le forma como quiera, ya sea para macetas, para ollas o jarros.



Formando la parte superior de una olla con un cordel de arcilla

Se extiende el barro con un pedacito de un pescuezo de pondo así. Se llama pushana. Eso es para alisar, que venga a quedar un poco delgado. Y este sirve para pushar por fuera. Se dice jahua-pushana. Ahí se va dando la forma, que salga igualito el grueso, todo. Extendiendo. Y para terminar el perfil, para que afine, una hoja de eucalipto, cortado el filo. Ya se perfecciona.

Se hace amoldando, pues. Se saca la montera que se dice en un molde especialmente. Eso se hace endurecer, entonces se le pone un caucho y de ahí se le termina.

Los pondos se hacen sentado en la plancha, en un molde así pequeño. Haciendo pataquir, se pone ahí dentro. Entonces, siguen criándose con un caucho cada que viene a orearse para que resista, para que peguen el caucho y sigan extendiendo. Así hacen los pondos”.

Luis Herrera, La Victoria

“Arriba es la mina. De ahí se saca y se le bota al filo de la carretera y ahí se carga en el carro. Se trae, se seca, se cierne. Se parte de hacer

un torterito, de ahí se va pataquindi en la plancha y de ahí se va asentando encima de ese molde. De ahí se le pasa al otro molde, se hace un cauchito y con los cauchos se le va poniendo, jalando el caucho así hasta que quede delgadito.

Con las manos se va sacando el asiento para seguirle poniendo el caucho para encima. De aquí no más está el siquinchi, este es hecho con molde. Todavía de aquí tiene que poner otra pieza con caucho encima. Este ya se llama japichi. Los pondos se hacen en tres veces, este ya está siminchido.

Se seca unos cuatro días, tres días con soles buenos. El horno es de cangahua. Duran bastante, aguantan. Quedan para los hijos.

Ahora se quema con virusa o con la chamiza. Dos quemas se hace. Después de lo que está en colorado se le barniza, ahí se le mete al horno, vuelta. Ahí sí sale ya”.

Isabel Chango, El Calvario

El barro que se utiliza en La Victoria, tanto de las “minas” locales como de Pujilí, es arenoso y no

necesita de un desgrasante adicional. Unos pocos talleres compran, además, arcilla de la región de Cuenca y caolín de la Región Amazónica para mejorar la pasta con la que trabajan.

Se seca el barro sobre una estera en el patio y se le desmenuza, golpeándolo con un palo de madera. Este barro no es tan duro y se deshace con facilidad. Se cierne el barro desmenuzado y se le pisa con agua, sobre la misma estera, hasta lograr la consistencia adecuada para trabajar. Se forman “pellas” grandes, las que se guardan bien tapadas para el trabajo.

En el primer paso del proceso, el alfarero forma “tortillas” de barro, las que golpea con una piedra de mano, sobre la “plancha”-una piedra plana en el piso del taller- hasta formar delgadas planchas redondas de barro. Esto se llama, aquí como en Chimborazo “aplanchar” o “pataquir”.

El “pataque” se coloca sobre un molde invertido, en el caso de los formas hondas o dentro de un molde para las formas extendidas. El molde se coloca sobre el torno para poder

girar la pieza y extender y adelgazar el barro dentro del molde con la ayuda de una “pushana” -un tiesto de cerámica de forma alargada-. Se corta el filo de la “montera” así formada con un cuchillo para que quede recto.

La “montera” se deja endurecer al sol y se la coloca bocarriba sobre el torno para, con un grueso cordel de arcilla -”caucho”- (quichua: cauchu=soga) añadirle la parte superior. Se pone el cordel, presionando con los dedos y dándole forma con la “pushana” mientras se gira la pieza sobre el torno.

Para las formas extendidas, naturalmente, no se necesitan añadir cordeles, sino que se las forma directamente en el molde y se las saca ya semi-secas.

Se trabaja en serie, fabricando cada vez unas 20 ollas o macetas, siguiendo en cada una de ellas los diferentes pasos. Muchas veces, la pareja de alfareros comparte el trabajo de manera que la mujer es la que trabaja en la “plancha”, formando los “pataques”, mientras el esposo es el que los forma con la ayuda del molde y del torno.

Antes de la introducción del torno, la “montera” se hacía sobre un molde invertido, sentado en la “plancha” y la parte superior se añadía con cordeles, girando el mismo alfarero alrededor de un poste de madera sobre el que se colocaba la “montera”.

Los pundos y “tinacos” en El Calvario, se fabrican todavía sin ayuda del torno. Se utiliza un pequeño molde-base, cónico, en el que se coloca el “pataque”; a veces, se puede dar forma al “pataque” primero sobre un molde invertido. Esta parte inferior se llama “siquinchi” (quichua: siqui=asiento). Sentado en el suelo, girando el molde con la mano, el alfarero añade cordeles de barro - “cauchos” - hasta llegar a una cierta altura de la pared. Los une con los dedos, adelgaza y da forma a la pieza con la “pushana”. Para que la pared pueda soportar nuevos cordeles, debe endurecerse al sol. Se cubre el filo con hojas de eucalipto para que no se seque.

La parte intermedia se llama “japichi” y la parte superior, donde se le termina y se da la forma al borde del pondo, se llama “siminchi” (quichua: simi=boca). Un pondo

mediano se termina en tres fases.

Los alfareros de El Calvario que ahora fabrican macetas, utilizan la misma técnica, básicamente. No utilizan el molde invertido, sino, sobre un pequeño molde-base, van formando la maceta con acordelado. Ellos, sin embargo, usan el torno como tablero de alfarero en vez de girar el molde con la mano.

Los hornos de La Victoria son cuadrados y cerrados en forma de cúpula y se dice que estos hornos siempre han existido. Sólo en El Paraíso, Chucutisí, los hornos son abiertos, parecidos a los de Azuay. Los alfareros dicen que los hornos abiertos permiten hacer más quemadas seguidas, ya que las piezas se enfrían más rápidamente.

Los hornos antiguos son de cangahua, los que pueden durar hasta 30 ó 40 años cambiando los arcos. Unos pocos maestros todavía saben construir estos hornos, pero los nuevos son muchas veces, de ladrillo, lo que es más sencillo.

Se colocan las piezas en el horno, unas sobre otras, por una puerta lateral. Después de tapar la

puerta con tientos rotos, se mete el combustible por una apertura a la cámara de fuego debajo de los arcos sobre los que descansan las piezas.

Después de la primera quema, en bizcocho o “colorado”, se vidrea la cerámica con barniz de plomo. Los alfareros de La Victoria consiguen el óxido de plomo fundiendo en una hornilla especial, los pedazos de plomo. Durante este proceso, el alfarero se expone a gases muy tóxicos. A veces, el plomo “blanco” o “dulce” se mezcla con el óxido de plomo de las baterías para obtener un

barniz más barato. La calidad del barniz de plomo “blanco” es superior, sin embargo.

El plomo se muele con agua, cuarzo y el óxido que le da el color, de cobre, manganeso o hierro. Los talleres de La Victoria disponen de molinos a motor para este trabajo.

Se bañan las piezas con el barniz y se las coloca nuevamente en el horno. Para que no se toquen entre sí se utilizan pequeñas trípodes - “caballitos”- de arcilla quemada.



El alfarero carga el horno cerrado de cangahua. El Tejar (La Victoria), Cotopaxi

La quema no dura más de un par de horas. Se la interrumpe al ver los bloques de cangahua encima de la puerta blancos por la acción del plomo. No se utiliza ningún método para medir la temperatura.

A más de la técnica de “molde y torno” unos pocos ceramistas trabajan objetos de adorno en moldes con barbotina (colado), técnica introducida por la Misión Andina hace unos 20 años. En algún caso, también, se utiliza el torneado propio, aquí llamado “a bastón”.

El problema de la toxicidad del plomo es muy grave en la parroquia de La Victoria. De manera especial, este es el caso para los artesanos que se dedican a vidriar tejas y para los talleres grandes que compran y barnizan piezas a más de la producción propia. Estos artesanos trabajan con el plomo prácticamente todos los días y hacen quemas frecuentes, por lo que el riesgo de intoxicación es grande.

Se han reportado, efectivamente, casos de intoxicación plúmbea y la muerte de varios niños. (Naranjo, 1988).

Campañas de información llevadas a cabo por parte de las autoridades, si bien han tenido el efecto de alguna mejora en la higiene y han contribuido a concientizar sobre los peligros del plomo, por otra parte han tropezado con la desconfianza de los alfareros que temen una prohibición del plomo y ven amenazada su profesión.

“Pusieron el gran problema ahora hace poco que el plomo es veneno. Es que, justamente, todo es malo cuando no tiene aseo la persona. Es cuestión de uno. Pero acá vinieron a querer prohibir. Empezaron a hacer sesiones para casi hacer perder la alfarería. Por lo que los niños están muriéndose del ácido del plomo. El plomo más venenoso es el de las baterías de los carros. De ahí, el plomo suave, claro, sí es venenoso. Después de fundir es el peligro, porque el vapor del plomo... De ahí, los guambros que se han muerto, es por desaseado, el plomo de las baterías viejas”.

Luis Herrera, La Victoria

Ya que, por ahora, no sería realista pensar en reemplazar el plomo

por los vidrios industriales por razones técnicas y por su alto costo, lo que se puede hacer es seguir el trabajo de información para mejorar las condiciones higiénicas de los talleres.

Actualmente, existen bastantes alfareros jóvenes en La Victoria y mientras siga habiendo una buena demanda por la cerámica ellos van a considerar la alfarería como una alternativa económica viable. Junto con la maceta, la fabricación de tejas es la rama artesanal más atractiva para la nueva generación de alfareros.

Sin embargo, para el futuro de sus hijos, la mayoría de los alfareros desea que estudien y tengan una profesión más liviana y mejor remunerada. Sin embargo, no excluyen la posibilidad de que se dediquen a la alfarería. Los niños aprenden en el taller de sus padres y les ayudan en el trabajo. Los jóvenes tienen su propia pequeña producción durante las vacaciones.

“Llegamos de la escuela, hacemos el deber y después ponemos a descargar el horno. De ahí meter al horno, de ahí quemar el

horno. Golpeo el barro. Se coge el palo y se golpea. Sí, me gusta. Ayudo”.

Norma Osorio, 7 años, La Victoria

“Ahora, cada vez los trabajos de barro y cerámica van creciendo más. Entonces, ahora los alfareros van aumentando. Porque trabajando los maceteros se gana inclusive diario más que haber recibido un sueldo. No es un mal negocio. Claro que algunos dicen que porque es sucio el barro, no les gusta coger el barro, pero hay ahora personas que se gradúan, tienen su título y están poniendo sus talleres de teja, de maceteros. Porque el negocio es mejor que un sueldo que pueden recibir”.

Pedro Olmos, La Victoria

“Es mi anhelo de trabajar un poco más, con empeño, para poderles hacer algo importante en la vida de mis hijos. Que no estén como uno, aquí sacrificados. Mi anhelo es que ellos lleguen a ser algo. Por eso es que yo ahorita estoy trabajando sobre tiempo. Para poder hacer algún ahorro para esos pequeños, a ver si

pueden estudiar, si pueden ir a alguna parte”.

Segundo Zumba, La Victoria

“Nosotros les preparamos porque la vida del campo, la vida del trabajador, es bastante dura. Se pasa la necesidad del trabajo con lo esforzado que es. También los hijos

quieren ser preparados, quieren ser estudiados. Aunque sería interesante que algún hijo tome interés en nuestra artesanía que es muy linda para mí. Que lleguen a aprovechar lo mismo, que sigan la tradición. Si no, muere, y va a quedar como la historia de los Inkas.”

Arturo Chicaiza, El Tejar ■

Pedro Ojeda, La Victoria

El tejar es un arte que se ha transmitido de generación en generación. Los niños aprenden en el taller de sus padres y los ayudan en el trabajo. Los jóvenes tienen su propia producción durante las vacaciones.

El tejar es de la artesanía. Se trata de hacer y decorar por ejemplo el dador y después ponerlos a desecar en el horno. De ahí se extrae el dador de ahí quedan el